

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, TAREA Y MISIÓN DE LOS COMPONENTES DE LA PROVINCIA CAPUCHINA MADRE DEL BUEN PASTOR

SATURNINO ARA BURUGORRI, *OFMCAP.*
Sangüesa

La nueva Evangelización, anuncio de la existencia de la Persona de Cristo y de su Mensaje de Salvación por El portado, constituye, respecto al pasado, una buena circunstancia para que las Instituciones eclesiales y, en particular, las congregaciones religiosas, se comprometan a llevar a cabo la misión de dar a conocer la Persona de Cristo y de su Mensaje, en armoniosa concordia, con nuevo ardor, métodos y expresiones, y a realizarse, como agrupación renovada que abraza como el primer objetivo de su existencia, el dar a conocer la Persona y Mensaje de Jesús.

PALABRAS CLAVE: Nueva Evangelización, Congregaciones religiosas y renovación, Misión de las Instituciones eclesiales.

The New Evangelization, announcement of the existence of the Person of Christ and of his message of salvation, represents, regarding to the past, a good circumstance in the way that the Ecclesiastical Institutions, and especially the Religious Congregations, may bring up to date their commitment to carry out the mission of showing the Person of Christ, in harmony, and with a new ardor, with new methods and expressions, and at the same time, reach their first aim, namely, to know the Person of Christ and to teach his message.

KEYWORDS: New Evangelization/ Religious Congregations and Renewal/ Mission of the Ecclesiastical Institutions.

Venimos observando, no sin cierta sorpresa, cómo se publican valiosas y acertadas informaciones y artículos sensatos que afrontan el tema de la unión de las instituciones, en general, provincias existentes, con el fin de ayudar y orientar el empeño de fusión y/o constitución de una nueva institución o estructura. El tono con y en el que vienen presentadas estas informaciones y artículos, unas veces,

quizás las más, suele ser optimista, aunque no faltan las visiones negativas. Siempre, en uno u otro supuesto, tanto en el positivo como en el negativo, se escriben cosas acertadas. No se llega a coincidir en la terminología usada para dar a conocer y explicar el cambio estructural, pues, en unos escritos, se habla de unión de provincias, en otros se usa el término unificación y también el de fusión. Pocas veces se habla de supresión y/o desaparición y, menos veces aún, se hace conocer o, simplemente, se comunica el hecho de que estas uniones, unificaciones y/o fusiones, como realidades de superación o como un acto creativo, viene originado y exigido en respuesta a los signos de los tiempos, en particular, a los de creatividad, actitud o/y virtud requerida por y para la vida consagrada de siempre y, en particular, por y para la del siglo XXI.

Un dato que suele destacarse y en el que, en general, se coincide, es aquel por el que se recuerda y habla de las estructuras e instituciones, ya existentes, que es necesario saber adaptar a las nuevas realidades de una sociedad en cambio. Y ciertamente todas estas informaciones y artículos a los que nos venimos refiriendo, hablan, pero no dan a entender que aceptan el reto que supone el previo examen y reflexión del carisma y misión propios y de la vivencia del Evangelio y del seguimiento de Cristo, pasos espirituales y doctrinales a dar con anterioridad a todo empeño de posible renovación estructural. El trabajo de estudio y reflexión sobre la actualidad del carisma debe preceder a todo sueño y empeño por una nueva estructuración.

Son muchos los particulares que se destacan cuando se reflexiona la necesidad de reforma que, al final y desgraciadamente, termina por ser más estructural que espiritual o carismática. Hay un dato particular en el que deseo fijarme en este momento y es aquel por el que se reconoce y advierte que es necesario esperar el paso de los años para que, en realidad, pueda hablarse verdaderamente de fusión de provincias. Aunque sería mejor, quizás, hablar de fusión de individuos que dejan y olvidan sus formas de ser, las propias de la región de origen y pertenencia, las de su forma de gobierno, e incluso sus formas de hacer oración en común y de celebrar encuentros festivos, y se vuelcan en el particular del conocerse mutuamente y valorarse

hasta llegar a formar lo que podríamos denominar “cultura” o simplemente el modo nuevo de comportarse en la provincia, estructura compuesta y constituida por varias regiones, no unificadas, sino simplemente unidas, a efecto de una cultura valorativa y comprensiva de la diversidad y en prueba del respeto al derecho de la libertad.

Mientras me decía estas cosas a mi mismo, ya que no resulta fácil el poder compartirlas y dialogarlas, no obstante leer todos las mismas informaciones y artículos o ensayos sobre la vida consagrada y su futuro, reflexionaba también sobre lo dicho en los *Lineamenta*, preparatorios del Sínodo de los Obispos, XIII Asamblea General Ordinaria, “La nueva evangelización para las transmisión de la fe cristiana”, estando a la espera de la publicación del “*Instrumentum laboris*”. Pensaba si una acción decidida, por la evangelización, en el caso de la unión de cuatro provincias capuchinas de España, no podría convertirse en la circunstancia amalgamadora de todas esas particularidades y diferencias que pueden costar años superar, hasta lograr una auténtica unidad.

Y de ahí estas líneas de comentario, quizás fuera más correcto decir, de presentación de los *Lineamenta* sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, tarea y misión a emprender con renovada decisión por los Hermanos que componen y constituyen la nueva provincia capuchina de la Península Ibérica, denominada “Madre del Buen Pastor”.

Comentario que presento en tres apartados. Primero: La noción y contenido de la nueva evangelización a realizar en nuestros tiempos. Segundo: Proclamación del Evangelio y de la Persona de Jesús, y tercero: La nueva evangelización, hoy como siempre, primer compromiso de la vida consagrada.

1. NOCIÓN Y CONTENIDO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN EN NUESTRO TIEMPO

Se escribe en el número 5 de los *Lineamenta* que estamos presentando, comentando y reflexionando:

Aunque la expresión “nueva evangelización” haya sido ciertamente divulgada y suficientemente asimilada, sigue no obstante siendo una definición aparecida recientemente en el universo de la reflexión eclesial y pastoral y con un significado no siempre claro y estable. Habiendo sido introducido por el papa Juan Pablo II, inicialmente –sin un particular énfasis, y casi sin dejar presagiar el que habría asumido ulteriormente– durante su viaje apostólico a Polonia, el término “nueva evangelización” fue usado de nuevo y relanzado por el mismo pontífice, sobre todo, en su Magisterio dirigido a las Iglesias de América Latina. El papa Juan Pablo II recurrió a esta expresión para hacer de ella un instrumento de intrepidez; la introdujo como un medio de comunicación de energía en vista de un nuevo fervor misionero y evangelizador. A los Obispos de América Latina dijo: *“La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en ardor, en sus métodos, en su expresión”*.

Se precisa, al final del número 23: *“Nueva evangelización” no significa un “nuevo Evangelio”, porque Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre” (Heb 13,8). “Nueva evangelización” quiere decir: una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que diseñan la cultura a través de la cual mostramos nuestras identidades y buscamos el sentido de nuestra existencia. “Nueva evangelización” significa, por lo tanto, promover una cultura más profundamente enraizada en el Evangelio; quiere decir descubrir al hombre nuevo que existe en nosotros gracias al Espíritu que nos han dado Jesucristo y el Padre”*.

Los *Lineamenta* nos hablan de la nueva evangelización como medio y manera de transmitir la fe. Y hemos de tener muy en cuenta que la fe no puede transmitirse. Efectivamente, la fe es una relación de confianza y amor que resulta personal e intransferible. A la fe accede cada ser humano cuando, en medio de sus circunstancias

vitales, se descubre remitido a un fundamento que lo sostiene, interpela, acompaña y espera.

“La fe implica también un ejercicio de opción y riesgo, que los creyentes entendemos inspirado y sostenido por el mismo Dios. Buscamos a Dios, pero, al encontrarle, descubrimos que Él nos buscaba, esperaba y amaba antes de que nosotros hubiéramos dado el primer paso hacia Él. Algo que recuerda muchas veces la Escritura: “Dios infundió en vuestro corazón el Espíritu de su Hijo que os hace exclamar: ¡Abba, Padre!” (Gál 4,6); “Nadie puede decir “Jesús es el Señor” sin la fuerza del Espíritu” (Cor 12,3); “Dios nos amó primero” (Jn 4,10). Por eso, podemos decir que la fe es gratuita en un doble sentido: porque no la merecemos ni obtenemos por nuestros propios méritos y porque no se impone con la fuerza de la argumentación apodíctica o de la evidencia empírica, sino que apela a nuestra libertad suavemente, cuando nos tomamos la vida y su sentido lo suficientemente en serio, dejando un margen razonable tanto para la confianza como para el escepticismo”. (Esto es lo que escribe P. GOMEZ SERRANO, *Nos sobran motivos. Una invitación al cristianismo*, Madrid, PPC, 2010, 315-316).

Nueva evangelización es la realización de la tarea misional que consiste en dar a conocer a Cristo, Dios y Hombre. Particular que señalamos y destacamos en el segundo apartado de este ensayo. Para ello, se hace necesario, en primer lugar, aceptar el anuncio de su Encarnación, luego, admitir y conocer el mensaje evangélico y al mismo tiempo recibir la catequesis o adquirir los conocimientos de fe propios de los conversos o iniciados, y/o formación cristiana, exigida en orden a poder practicar y cumplir los mandamientos y bienaventuranzas, más adelante recibir los sacramentos, como creíbles y deseables y, finalmente, lograr realizar la verdad del Reino de Dios en el momento histórico de la propia existencia.

Nuestro momento histórico está exigiendo una evangelización que, ante todo, se plantee los problemas que se suscitan en las relaciones entre la ciencia y la fe, la tecnología y la ética, y esa serie de otras cuestiones que esto conlleva, como la atención o atenta

consideración del grado, al alcanzado en la actualidad, en madurez humana o humanismo, en fraternidad universal, en el desarrollo económico de los pueblos y sociedad civil, en el campo de los deberes y derechos de la persona humana, en el del uso y gobierno de la naturaleza o alianza entre el mercado y el medio ambiente, en el de la colaboración de la familia humana al desarrollo de los pueblos constituidos en diversidad de religiones presentes en la esfera pública, en el de la subsidiariedad y solidaridad con las culturas diversas y otros más aspectos y temas sugeridos y tratados en la carta encíclica “*Caritas in Veritate*”, con la claridad que caracteriza las enseñanzas de Benedicto XVI.

Recuerdo tres actitudes o situaciones que pueden ser significativas, en el caso de querer dar con la noción y situar debidamente los contenidos de la nueva evangelización a realizar. Primero, el hoy del indiferentismo religioso y del ateísmo, el del consumismo y del materialismo y el del progreso técnico, al mismo tiempo el del desarrollo humano integral en la caridad y la verdad, materia, insistimos, expuesta magistralmente por Benedicto XVI en la citada encíclica “*Caritas in Veritate*”. Segundo, en el empeño y compromiso por el Atrio de los gentiles, como un espacio cultural, iniciativa, también de Benedicto XVI, dedicada a fomentar el diálogo entre creyentes y no creyentes. “Ilustración, religión y razón común”, reza la convocatoria del encuentro de París, celebrado los días 24 y 25 de marzo de 2011. Idea lanzada ya por el mismo Benedicto XVI, con ocasión de la felicitación a la Curia Romana, en diciembre del 2009. Y en tercer lugar, la aceptación de la proximidad de la Iglesia a los pobres, mediante la práctica de las obras de caridad, actitud de ayuda que viene realizando esta Iglesia católica, a través de todos los siglos de su existencia, ya, a partir de las primeras comunidades de cristianos que organizaron y constituyeron el servicio de diaconía.

Servicio y obras de caridad que la Iglesia ofrece, más tarde, en la Edad Media, primero, mediante los monjes y eremitas, luego con y en los monasterios, finalmente con los mendicantes y cofradías. En la Edad Moderna por y con los institutos de caridad y, más recientemente, con la presentación y la propagación de la Doctrina Social de

la Iglesia que se convierte y así es conocida y reconocida, como la auténtica defensa de los derechos de los más débiles, si bien lo que pueda estar impactando a un público y a los medios de comunicación algo sensacionalistas, sean las obras de misericordia realizadas por instituciones como Caritas, Manos Unidas y tantos Voluntariados compuestos por gentes venidas de la formación cristiana.

La Iglesia sabe y reconoce que su tarea y misión directa no es la de la organización de la asistencia a dar a los necesitados, la de la ayuda material, sino la de llevar la Persona y el Mensaje de Cristo a los necesitados del encuentro con el mismo Cristo, mediante, también, la curación de sus males y la promoción social. La tarea de organización y realización de la solidaridad, reflejada en la seguridad social, pensiones, etc., es la obra propia del Estado. Deja esta Iglesia al Cesar realizar lo que es del Cesar. Suple. Aprecia bien lo que es de Dios y cumple con esto ante todo y siempre. ¿No manifiesta la Iglesia católica española un padecer en la actualidad cierta afonía, al no denunciar la falta de principios morales, en el empeño por superar la crisis económica, el actuar de algunos banqueros...? se pregunta y titula alguna cabecera de prensa.

En el número 25 de los *Lineamenta* del próximo Sínodo de Obispos, tras haber presentado en el número 24 "*La nueva evangelización para la Iglesia de hoy y de mañana*", se escribe bajo el epígrafe *La alegría de la evangelización*:

"Nueva evangelización quiere decir compartir con el mundo sus ansias de salvación y dar razón de nuestra fe, comunicando el Logos de la esperanza (cf. 1. Pe. 3,15)". Los hombres tienen necesidad de esperanza para poder vivir el propio presente. El contenido de esta esperanza es *"el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo. Por esta razón, la Iglesia es misionera en su íntima esencia. No podemos tener solo para nosotros las palabras de vida eterna, que se nos dan en el encuentro con Jesucristo. Estas palabras son para todos, para cada hombre. Cada persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, tiene necesidad de este anuncio"*.

Precisamente la falta de esta conciencia genera desierto y desaliento. Uno de los obstáculos para la nueva evangelización es la ausencia de alegría y esperanza que tales situaciones crean y difunden entre los hombres de nuestro tiempo. Con frecuencia esta falta de alegría y esperanza son tan fuertes que influyen en nuestras mismas comunidades cristianas. La nueva evangelización se presenta en estos contextos no como un deber, o como un ulterior peso que hay que soportar, sino más bien como una medicina capaz de dar nuevamente alegría y vitalidad a situaciones encerradas en sus propios temores

Por lo tanto, afrontemos “la nueva evangelización” con entusiasmo. Recuperemos la dulce y reconfortante alegría de evangelizar, aunque parezca que el anuncio sea una siembra entre lágrimas (cf. *Sal 126,6*). *“Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradie el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea del anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”*.

El plan pastoral de la Conferencia Episcopal Española, 2011-2015, aprobado por la XCIX Asamblea Plenaria (26 de abril de 2012), lleva por título *La nueva evangelización sobre la Palabra de Dios...* Contiene cuatro partes: Primera parte, *La voz del Señor en el sucesor de Pedro*. Segunda parte, *Hemos estado bregando hasta la noche y no hemos cogido nada* (Lc 5-5a). *Desafíos y oportunidades en el nuevo contexto de evangelización*. Tercera parte, *Pero por tu palabra...* (Lc 5, 5b). *Prioridad del encuentro con Cristo* y cuarta parte, *Echaré las redes* (Lc 5-5b). *Portadores de la esperanza*.

2. PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO Y DE LA PERSONA DE CRISTO

Todo intento de presentar el Evangelio y la persona de Jesús al conocimiento y consideración de nuestros contemporáneos debe partir de la premisa de que la fe, en su sentido más fuerte, es una realidad que hoy en día resulta todo, menos obvia. No poseemos evidencia empírica de la existencia de Dios. Algunos, quizás muchos, son quienes poseen una experiencia mística del Dios Bueno y Misericordioso. Pero, por otra parte, la enormidad del mal y del sufrimiento existente en el mundo, supone una objeción teórico-práctica frente a la pretensión del creyente en la existencia y bondad de Dios.

“De abí, escribe Pedro GÓMEZ, Nos sobren los motivos, O. c., .24, la necesidad de reconocer que la existencia humana proporciona motivos para que las actitudes ateas, agnósticas o escépticas puedan reconocerse como plenamente legítimas desde el punto de vista de la racionalidad o considerarse, incluso, las más naturales. De hecho todos conocemos a personas caracterizadas por una intensa actividad de búsqueda, un elevado compromiso ético, una gran honradez intelectual y una autenticidad vital notable que no han accedido a la experiencia religiosa...”

Seamos nosotros también transparentes. Los creyentes no sabemos cómo es Dios, aunque hayamos sentido su presencia, percibamos de algún modo su compañía y vivamos abandonados a su amor. No podemos verificar su existencia ni su bondad de un modo apodíctico, aunque poseamos a veces una certeza moral extraordinaria al respecto. La fe estará siempre a caballo entre la certeza y la duda, entre la confianza y la inseguridad, entre la razonabilidad y el riesgo. Esto es algo sabido por todas las tradiciones religiosas, también por la judía cuando sostiene que a Dios nadie le ha visto o que nadie puede ver a Dios sin morir (Ex 33,20). El cristianismo también afirma que a Dios nadie lo ha visto jamás, aunque añade a continuación una matización esencial: solo el Hijo lo conoce y aquel a quien el Hijo lo quiera comunicar (Mt 11,27). Es decir, la persona íntegra de Jesús, sus palabras, sus acciones, su proyecto y su destino constituyen para nosotros el acceso privilegiado a la experiencia de Dios”.

Y, ahora y de aquí también, el que en la realidad de nuestro modo de ser y de vivir de hombres y mujeres del siglos XXI, tiempo de un progreso que tiene tan poco de integral, el papa Benedicto XVI nos advierta, en la carta apostólica “*Caritas in Veritate*”, y nos invite en ella a centrar nuestra tarea de nueva evangelización en el empeño por llevar al hombre y la mujer contemporáneos al encuentro y comunión con Cristo, ya que esta es la finalidad de la transmisión de la fe que, a su vez, responde al mandato misionero recibido del Señor (cf. *Mc 16,15*) que contiene una explícita referencia a la proclamación y a la enseñanza del Evangelio (“enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (*Mt 28,20*)).

San Pablo se presenta “como escogido y destinado a proclamar el Evangelio de Dios” (*Rom 1,1*). En el corazón de este anuncio y en nuestro corazón está Jesucristo en quien se cree y del cual se da testimonio. Transmitir la fe significa transmitir las Escrituras, principalmente el Evangelio que permite conocer a Jesús, el Señor.

“*La misión de la Iglesia, –concreta el n. 11 de los Lineamenta, objeto, en parte, de esta nuestra reflexión– consiste por lo tanto, en realizar la traditio Evangelii, el anuncio y transmisión del Evangelio, que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rom 1,16) y que en última instancia se identifica con Jesucristo (cf. 1. Cor 1,24)*”. Se afirma, de inmediato, en este mismo número 11:

“Al hablar de Evangelio, no debemos pensar sólo en un libro o en una doctrina; el Evangelio es mucho más: es una Palabra viva y eficaz, que realiza lo que dice. No es un sistema de artículos de fe y de preceptos morales ni, menos aún, un programa político, sino que es una persona: Jesucristo como Palabra definitiva de Dios, hecha hombre. El Evangelio es Evangelio de Jesucristo: no solamente tiene como contenido a Jesucristo. Mucho más, éste último es, a través del Espíritu Santo, también el promotor y el sujeto primario de su anuncio, de su transmisión. El objetivo de la transmisión de la fe es la realización de este encuentro con Jesucristo, en el Espíritu, para llegar a vivir la experiencia del Padre suyo y nuestro”.

Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se realice. La fe como encuentro con la persona de Cristo asume la forma de la relación con Él, de la memoria de Él (en la Eucaristía) y de la formación en nosotros de la mentalidad de Cristo, en la gracia del Espíritu. Como ha afirmado el papa Benedicto XVI: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (...) Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo “un mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”. La misma Iglesia se encuentra conformada precisamente a partir de la realización de esa misión del anuncio del Evangelio y de la transmisión de la fe”*.

El resultado esperado de este encuentro consiste en insertar a los hombres en la relación del Hijo con su Padre para sentir la fuerza del Espíritu. La finalidad de la transmisión de la fe, el objetivo de la evangelización es llevar por Cristo *“al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2,18): ésta es la experiencia de la novedad del Dios cristiano. En esta perspectiva, transmitir la fe en Cristo significa crear las condiciones para una fe pensada, celebrada, vivida y rezada: esto implica insertarnos en la vida de la Iglesia” (Lineamente, 11).*

La evangelización siempre y, más en nuestro tiempo, es transmisión de la fe que, como transmisión, requiere seguir una dinámica que compromete totalmente la creencia de los cristianos y la actividad y vida de la Iglesia. No se puede transmitir aquello en lo que no se cree y no se vive. Un signo de la fe consolidada y madura es, precisamente, la naturalidad con la cual comunicamos la fe a los otros como algo vivido con normalidad. (cf. *Lineamenta, 12*). Dar a conocer la programación del Evangelio y la persona de Cristo y amarlo, es el objetivo de la nueva evangelización.

El número 13 de los *“Lineamenta”* vuelve a insistir sobre el hecho y realidad de que la transmisión de la fe, entendida como

encuentro con Cristo, se da mediante el conocimiento de la Escritura y la Tradición vivas en la Iglesia, bajo la guía del espíritu Santo. La finalidad de todo el proceso de transmisión de la fe, es la de la edificación de la Iglesia como comunidad de testigos, se dice así y de forma tan explícita, en el número 17, donde se advierte:

“Los frutos, que este ininterrumpido proceso de evangelización genera dentro de la Iglesia como signo de la fuerza vivificadora del Evangelio, toman forma en la confrontación con los desafíos de nuestro tiempo. Es necesario generar familias que sean signos verdaderos y reales del amor y de coparticipación, capaces de dar esperanza porque están abiertas a la vida; se necesita la fuerza para construir comunidades que posean un auténtico espíritu ecuménico y que sean capaces de un diálogo con las otras religiones; urge el coraje para sostener iniciativas de justicia social y solidaridad, que coloquen al pobre en el centro del interés de la Iglesia; se desea mostrar el gozo que produce la donación de la propia vida en un proyecto vocacional o de consagración. Una Iglesia que transmite su fe, una Iglesia de la “nueva evangelización” es capaz en todos estos ámbitos de mostrar el Espíritu que la guía y que transfigura la historia: la historia de la Iglesia de los cristianos, de los hombres y de sus culturas.

También el coraje de denunciar las infidelidades y los escándalos, que emergen en las comunidades cristianas como signo y como consecuencia de momentos de fatiga y cansancio en la tarea del anuncio, es parte de esta lógica de reconocimiento de los frutos. El coraje de reconocer las culpas; la capacidad de continuar dando testimonio de Jesucristo mientras comunicamos nuestra continua necesidad de ser salvados. Sabiendo que –como nos enseña el apóstol San Pablo– podemos ver en nuestras debilidades la fuerza de Cristo que nos salva (cf. 2 Cor 12,9; Rom 7, 14 s); el ejercicio de la penitencia, el empeño en caminos de purificación y la voluntad de reparar las consecuencias de nuestros errores; una sólida confianza en que la esperanza que nos ha sido dada “no defrauda, porque el amor ha sido derramado en nuestros corazones” (Rom 5, 5), son también éstos diversos frutos de una transmisión de la fe, de un anuncio del Evangelio que, ante todo, no deja de renovar a los cristianos, a sus comunidades, mientras lleva al mundo el Evangelio de Jesucristo”.

Nuestra Iglesia, la del inicio del siglo XXI, en su empeño por hablar del Evangelio que es igual a hablar de Jesucristo como palabra definitiva o/y hablar de Dios, se encuentra, según dijo el papa Benedicto XVI en el Discurso a los Obispos del Brasil en visita *“ad limina apostolorum”* (Vaticano 7-9-2009), con que *“en los decenios sucesivos al Concilio Vaticano II, algunos han interpretado la apertura al mundo no como una exigencia del ardor misionero del Corazón de Cristo, sino como un paso a la secularización, vislumbrando en ella algunos valores de gran densidad cristiana, como la igualdad, la libertad y la solidaridad, y mostrándose disponibles a hacer concesiones y a descubrir campos de cooperación. (...) Sin darse cuenta, se ha caído en la auto-secularización de muchas comunidades eclesiales; éstas esperando agradar a los que no venían, han visto como se marchaban, defraudados y desilusionados, muchos de los que estaban: nuestros contemporáneos, cuando se encuentran con nosotros, quieren ver lo que no ven en ninguna otra parte, o sea, la alegría y la esperanza que brotan del hecho de estar con el Señor resucitado”*.

Ante el olvido de Dios o/y ante el silencio extraño o falta de discurso sobre Dios por parte de nuestra cultura, se nos recordará que es necesario, sobre todo, “buscar las formas y los instrumentos para elaborar un discurso sobre Dios, que sepa responder a las esperanzas y a las ansias de los hombres de hoy, mostrándoles cómo la novedad, que es Cristo, es, al mismo tiempo, el don que todos esperamos, al cual cada ser humano anhela como cumplimiento implícito de su búsqueda de sentido y de su sed de verdad. El olvido del tema de Dios se transformará así en una ocasión de anuncio misionero. La vida cotidiana nos mostrará dónde localizar esos “patios de los gentiles”, dentro de los cuales nuestras palabras se hacen no solo audibles sino significativas y curativas para la humanidad. *“La tarea de la “nueva evangelización” es conducir tanto a los cristianos practicantes como a los que se preguntan acerca de Dios a percibir su llamada personal en la propia conciencia. La nueva evangelización es una invitación a las comunidades cristianas para que depositen mayormente la confianza en el Espíritu, que las guía en la historia. Así serán capaces de vencer los miedos que experimentan, y lograrán*

ver con mayor lucidez los lugares y los senderos a través de los cuales colocar la cuestión de Dios en el centro de la vida de los hombres de hoy” (Lineamenta, 19).

Los “*Lineamenta*” dedican unos logrados párrafos a destacar la necesidad de hablar de Dios, lo cual conlleva, como consecuencia, la posibilidad y necesidad de un análogo discurso sobre el hombre, le “emergencia educativa” descrita en el número 20 que concluye con estas expresiones: *“La Iglesia posee en este sentido una tradición, es decir, un tesoro histórico de recursos pedagógicos, reflexión e investigación, instituciones, personas –consagradas o no consagradas, reunidas en órdenes religiosas y en congregaciones– capaces de ofrecer una presencia significativa en el mundo de la escuela y de la educación. Además, ese capital histórico, en cuanto se encuentra relacionado con las transformaciones sociales y culturales actuales, está también sujeto a cambios significativos. Por lo tanto, será oportuno pensar en un discernimiento en este sector, para concentrar la atención en ciertos puntos críticos que los cambios están generando. Se deberán reconocer las energías del futuro, los desafíos que requieran instrucción adecuada, sabiendo que la tarea fundamental de la Iglesia es educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio, ayudando a entrar en una relación viva con Cristo y con el Padre”.*

El número 22, volviendo al contexto de la “emergencia educativa”, destaca la idea de la necesidad de disponer de hombres y mujeres que con la propia conducta de vida sostengan el compromiso evangelizador, idea grata al papa Pablo VI.

Bajo el título de *Objetivo de una “ecología de la persona humana”*, se escribe en los *Lineamenta* n. 21: “El objetivo de todo ese empeño educativo de la Iglesia es fácilmente reconocible. Se trata de trabajar en la construcción de lo que el Papa Benedicto XXVI define como una “ecología de la persona humana”. *“Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida. (...) El problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican*

embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no les ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en relación con los otros. No se pueden exigir uno y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad” (Caritas in Veritate, 51).

La fe cristiana sostiene la inteligencia en la comprensión del equilibrio profundo que mantiene firme la estructura de la existencia y de la historia. La fe desarrolla esta operación no de forma genérica o desde el exterior, sino compartiendo con la razón la sed de saber, la sed de investigar, orientándola hacia el bien del hombre y del cosmos. La fe cristiana contribuye a la comprensión del contenido profundo de las experiencias fundamentales del hombre, como el texto del Papa, el que acabamos de citar, demuestra. Es una tarea –la de confrontación crítica y de orientación– que el catolicismo desarrolla desde hace tiempo. Por ello, se encuentra cada vez mejor preparado, dando vida a instituciones, centros de investigación, universidades, fruto de la intuición y del carisma de algunos o de la atención educativa de las Iglesias locales. Estas instituciones desarrollan su función habitando el espacio común de la investigación y del progreso del conocimiento en las diversas culturas y sociedades. Los cambios sociales y culturales que hemos presentado interpelan y generan desafíos a estas instituciones. El discernimiento, que constituye la base de la “nueva evangelización”, está llamado a ocuparse de este empeño cultural y educativo de la Iglesia. Se podrán así identificar los puntos críticos de estos desafíos, las energías y las estrategias que han de ser adoptadas para garantizar el futuro, no solo de la Iglesia sino también del hombre y de la humanidad.

En vista de una “nueva evangelización” será seguramente posible: imaginar todos estos espacios culturales como otros tantos “patios de los gentiles”, ayudándoles a vivir la propia vocación originaria dentro de los nuevos escenarios que avanzan, es decir, aquella vocación de llevar positivamente la cuestión de Dios y de la experiencia de la fe cristiana dentro de las realidades del tiempo; ayudar a estos espacios a ser lugares en los cuales se puedan formar personas libres y adultas, capaces a su vez de llevar la cuestión de Dios dentro de su vida, en el trabajo y en la familia”.

3. LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, HOY COMO SIEMPRE, EL PRIMER COMPROMISO DE LA VIDA CONSAGRADA

La vida consagrada entendida, en sus elementos esenciales, como un grupo de hombres o/y de mujeres, atraídos y cautivados por el Dios viviente, llamados a seguir a Jesucristo en una comunidad de discípulos –fraternidad dice el lenguaje franciscano-capuchino–, que son enviados al mundo para servir a la humanidad y actuar en el nombre del mismo Cristo, ha tenido su origen en el Evangelio y este solo elemento le ha hecho siempre evangélica y evangelizadora, misionera.

Por esta razón, la vida consagrada está llamada a jugar un papel fundamental en la nueva evangelización, la cual consiste en trabajar apostólicamente para leer e interpretar los fenómenos que caracterizan a nuestro mundo, permitiendo traducir la esperanza del Evangelio en términos practicables, aceptando medirse con estos desafíos, siendo todos cada vez más constructores de la civilización del amor.

“Nueva evangelización” quiere decir tener la audacia de formular la pregunta acerca de Dios en el interno de estos problemas, realizando así lo específico de la misión de la Iglesia y mostrando de esta manera cómo la perspectiva cristiana ilumina de modo inédito los grandes problemas de la historia. La nueva evangelización exige que nos confrontemos con estos escenarios, no permaneciendo ce-

rrados en los recintos de nuestras comunidades y de nuestras instituciones, sino aceptando el desafío de entrar dentro de los fenómenos, para tomar la palabra y ofrecer nuestro testimonio desde dentro. Son éstas unas expresiones que, redactadas de forma más incisiva, se leen al final del número 7 de los *Lineamenta*.

¿Puede caber, ahora, la pregunta sobre si se ha tenido en cuenta a la vida consagrada?

Es necesario recordar que todos los grandes movimientos de evangelización surgidos en los dos mil años del cristianismo, están vinculados a formas de “radicalismo evangélico”, y expresiones de este “radicalismo” son los institutos religiosos, los cuales deben preguntarse si realmente están comprometidos de corazón con la *misión* hoy: conquistar para la fe a los no cristianos, a los ateos, a los indiferentes, a los secularizados, a los no practicantes, a los olvidados de Cristo y de su Iglesia, etc.

Nueva evangelización es el nombre dado a esta tarea misionera de la Iglesia que responde a su razón de ser. La nueva evangelización con su ardor, métodos y expresiones es, por tanto, para los consagrados, un convertirse más y mejor a Cristo y darlo a conocer con nuevo ardor, métodos y expresiones, viviendo su propia conversión realizada en el nuevo encuentro personal con Cristo-Dios Encarnado.

La nueva evangelización está exigiendo de los consagrados unas actitudes que, en este nuestro ensayo, reducimos a cinco: testimonio de experiencia de Dios, búsqueda del Atrio de los gentiles, ciencia (tecnología) y fe, las obras de caridad y el amor a la Iglesia.

TESTIMONIO DE EXPERIENCIA DE DIOS

Dejamos de lado la realidad de los fenómenos místicos, en los que se vive la experiencia de Dios, para centrarnos en la genuina experiencia humana de Dios que viene y procede de la apertura del hombre a lo trascendente.

Los momentos de la experiencia de Dios son lo mejor y lo más determinante de la existencia humana. Nos da por pensar que los consagrados, dadas las largas e intensas horas de oración y de encuentro con el misterio de la Eucaristía, son los seres humanos más preparados para, luego, en su existencia o vida cotidiana, resolver sus problemas personales y el misterio mismo de la verdad de Dios, y todo ello con cierta holgura y simplicidad.

Nuestros contemporáneos contemplan bellezas en y de la naturaleza, gozan de la misma y de la alegría de la vida. Recurren, para explicarse la existencia de lo bello y el goce de la vida, al materialismo propio del azar, y, de forma algo más científica, recurren a la teoría del evolucionismo que, al final, no tiene otra mejor explicación que la acción creadora de Dios, llámese por los científicos Bing Bang, Boson de Higgs, etc.

La experiencia de Dios sentida por el ser humano alcanza innumerables grados. En cada uno de estos diversos grados se da el descubrimiento de la Verdad de Dios por la que el consagrado resuelve todos sus grandes o pequeños problemas y así lo da a conocer, mediante su actitud humano-espiritual, a quien se acerca a pedirle una explicación de su postura y actitud, serenas y esperanzadoras, ante la vida presente y futura.

Jesús, el Dios Encarnado, hecho histórico recogido en los Evangelios, en su humanidad, experimentó la verdad de la existencia de Dios. El Antiguo Testamento nos narra otras muchas experiencias humanas de Dios, misteriosas, don de los designios universales del Creador. A su vez, los Santos Padres y otros místicos y teólogos han vivido la verdad de la existencia de Dios.

Nuestros contemporáneos, en particular aquellos que, en países de antigua cristiandad, se han alejado de la Iglesia, esperan que los consagrados se decidan por la nueva evangelización, con y por la que den a conocer sus vivencias del misterio y verdad de Dios, y esperan también que algunas de las actividades, llevadas a cabo por los consagrados, que no responden directamente a este testimonio, pasen a un segundo plano. ¿Cuáles son las iniciativas por las que

los consagrados demuestran que se han comprometido y entrado en el camino de la nueva evangelización? ¿Los consagrados admiran y valoran las otras religiones como son en sí y sus experiencias y vivencias del Dios vivo y Misericordioso?

“En este contexto (de “Nueva evangelización” y deseo de espiritualidad) han de ser insertados el encuentro y el diálogo con las grandes tradiciones religiosas, en particular las orientales, que la Iglesia ha aprendido a vivir en las últimas décadas, y continúa intensificando. Este encuentro aparece como una ocasión prometedora para aprender a conocer y a confrontar la forma y los lenguajes relativos a la cuestión religiosa, tal como se presenta en otras experiencias religiosas. Esto permite al catolicismo comprender con mayor profundidad los modos con los cuales la fe cristiana escucha y asume cuestión religiosa de cada hombre” (Lineamenta 8, final).

LA BÚSQUEDA DEL ATRIO DE LOS GENTILES

Volvemos a transcribir los *Lineamenta*, n. 5: *“Se tiende a pensar que con esta definición (la de la nueva evangelización) se realice un cambio en la actitud de la Iglesia hacia aquellos que no creen, transformados en objeto de persuasión y no ya vistos como interlocutores en el contexto de un diálogo que nos descubre a todos unidos por la misma humanidad y en la búsqueda de la verdad de nuestra existencia.”* A esta última preocupación ha querido prestar atención y también dar una respuesta el Papa Benedicto XVI en su viaje apostólico a la Republica Checa: *“Me vienen aquí a la mente las palabras que Jesús cita del profeta Isaías, es decir, que el templo debería ser una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is. 56, 7; Mc 11, 17). Él pensaba en el llamado “patio de los gentiles”, que desalojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios, aunque no podían participar en el misterio, a cuyo servicio estaba dedicado el interior del templo. Lugar de oración para todos los pueblos: de este modo se pensaba en personas que conocen a Dios, por decirlo así, sólo de lejos; que no están satisfechos de sus dioses, ritos y mitos; que anhelan al Puro y al Grande, aunque Dios*

siga siendo para ellos el “Dios desconocido” (cf. Hcb 17, 23). Debían poder rezar al Dios desconocido y, sin embargo, estar así en relación con el Dios verdadero, aun en medio de las oscuridades de diversas clases. Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “patio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia.

Nosotros, en cuanto creyentes, debemos amar también a las personas que se consideran agnósticas o ateas. Ellas, tal vez, se asustan cuando se habla de nueva evangelización, como si ellas debieran transformarse en objetos de misión. Sin embargo, la cuestión sobre Dios permanece igualmente presente también para ellos. La búsqueda de Dios ha sido motivo fundamental a partir del cual ha nacido el monacato y, con él, la cultura occidental. El primer paso de la evangelización consiste en tratar de mantener alta la tensión en dicha búsqueda. Es necesario perseverar en el diálogo no sólo con las religiones, sino también con los que consideran la religión como una cosa extraña.

La imagen del “patio de los gentiles” se nos ofrece como un ulterior elemento en la reflexión sobre la “nueva evangelización”, que pone de manifiesto la audacia de los cristianos de no renunciar jamás a buscar positivamente todos los caminos para delinear formas de diálogo que correspondan a las esperanzas más profundas y a la sed de Dios de los hombres. Tal audacia permite colocar dentro de este contexto la pregunta sobre Dios, compartiendo la propia experiencia en la búsqueda y comunicando como un don el encuentro con el Evangelio de Jesucristo. Una análoga capacidad, una actitud similar, exige un primer momento de autoevaluación y de purificación, para conocer los vestigios de temor, de cansancio, de aturdimiento, de repliegue en sí mismo, que la cultura en la cual vivimos, haya podido generar en nosotros. En un segundo momento, será urgente el impulso, la puesta en marcha, gracias a la acción del Espíritu Santo, hacia aquella experiencia de Dios como Padre, que el encuentro vivido con Cristo nos permite anunciar a todos los hom-

bres. Estos momentos no constituyen etapas temporales sucesivas, una después de otra, sino más bien movimientos espirituales que se suceden sin solución de continuidad dentro de la vida cristiana. El apóstol San Pablo trasmite todo esto cuando describe la experiencia de la fe como una liberación *“del poder de las tinieblas y un ingreso en el “Reino de su Hijo querido, en quien tenemos la redención de los pecados” (Col 1, 13-14; cf. Rom 12, 1-2). Así también, esta audacia no es algo absolutamente nuevo o totalmente inédito para el cristianismo, dado que existen signos de esta actitud ya en la literatura patristica”*.

¿Le hemos pedido a los consagrados, hombres y mujeres, crear esos lugares, donde localizar esos “atrios de los gentiles”, en los que sus palabras se hagan no sólo audaces, sino también significativas y curativas para la humanidad de hoy?

Trazamos, en el siguiente punto, unas breves líneas que nos hablan de ciencia (tecnología) y fe, en general, y que nos hacen pensar en las grandes instituciones culturales, (universidades católicas, centros culturales, centros de investigación) que la historia nos ha dejado en herencia. Adelanto tres de las treinta preguntas que los *Lineamenta* formulan al final del número veintidós, antes de la conclusión:

22. ¿Cómo las grandes instituciones culturales (universidades católicas, centros culturales, centros de investigación), que la historia nos ha dejado en herencia, logran tomar la palabra en los debates que se refieren a los valores fundamentales del hombre (defensa de la vida, de la familia, de la paz, de la justicia, de la solidaridad, de la creación)?
23. ¿Cómo logran dichas instituciones ser instrumentos que ayuden al hombre a dilatar los confines de su razón, a buscar la verdad, a reconocer las huellas del designio de Dios que da sentido a nuestra historia? ¿Y paralelamente, cómo ayudan las comunidades cristianas a descifrar y a favorecer la escucha de las inquietudes y de las esperanzas expresadas por la cultura actual?

24. ¿En qué medida estas instituciones logran ubicarse dentro de aquella experiencia denominada “atrio de los gentiles”? ¿Logran imaginar este lugar como un espacio en el que los cristianos viven la audacia de implantar formas de diálogo que salgan al encuentro de las esperanzas más profundas de los hombres y de la sed que ellos tienen de Dios, compartiendo la propia experiencia de búsqueda y transmitiendo como un don el encuentro con el Evangelio de Jesucristo?

El proyecto de la nueva evangelización requiere maneras e itinerarios de formación para el anuncio y el testimonio.

CIENCIA, TECNOLOGÍA, Y FE

La actitud de la Iglesia frente al tema y problemas que suscita la relación ciencia, tecnología, y fe, la extraemos y deducimos de los *Lineamenta*, número 6, donde se describen *Los escenarios de la nueva evangelización*. Éstos son seis: el escenario cultural de fondo o profunda época de secularización; el gran fenómeno migratorio que impulsa cada vez más a las personas a dejar sus países de origen e ir a vivir en contextos urbanizados, modificando la geografía étnica de nuestras ciudades, de nuestras naciones y de nuestros continentes; el desafío de los medios de comunicación que hoy ofrecen enormes posibilidades y representan uno de los grandes retos para la Iglesia; el económico con sus crecientes desequilibrios entre norte y sur del mundo, en el acceso y distribución de los recursos, así como también en el daño infligido a la creación; el escenario de la política, que es el sexto y último y que supone la aparición en la escena mundial de nuevos factores económicos, políticos y religiosos, como el mundo islámico y el mundo asiático.

“Un quinto –no citado– escenario es el de la investigación científica y tecnológica, –se nos dice en el n. 6 de los Lineamenta que seguimos transcribiendo–. Vivimos en una época en la cual no cesamos de admirarnos por los maravillosos pasos que la investigación ha sabido superar en estos campos. Todos podemos experimentar en la

vida cotidiana los beneficios que provienen de estos progresos. Todos dependemos cada vez más de tales beneficios, de este modo, la ciencia y la tecnología corren el riesgo de transformarse en los nuevos ídolos del presente. Es fácil en un contexto digitalizado y globalizado hacer de la ciencia nuestra nueva religión, a la cual dirigir nuestras preguntas, sobre la verdad y el sentido de la esperanza, sabiendo que solo recibiremos respuestas parciales e inadecuadas. Nos encontramos frente al surgir de nuevas formas de gnosis, que asumen la técnica como una forma de sabiduría, en la búsqueda de una organización mágica de la existencia que funcione como el saber y el sentido de la vida. Asistimos a una afirmación de nuevos cultos. Estos proponen en modo terapéutico prácticas religiosas que los hombres están dispuestos a vivir, estructurándose como religiones de la prosperidad y de la gratificación instantánea”.

Dejando de lado esta visión de oposición entre ciencia y fe, más práctica que teórica, y yendo al campo y visión doctrinal, debemos recordar que religión y racionalidad no se oponen en el cristianismo. Razón y cristianismo son inseparables. La oposición puede darse y tener lugar en algunas religiones en las que la razón humana y las creencias religiosas aparecen frecuentemente como elementos extraños, o al menos pertenecientes a dos mundos, el de la realidad y el de los sentimientos y experiencias interiores que apenas se relacionan. Lo misterioso de la religión cristiana no elimina ni contradice su racionalidad.

“Puede decirse que el Cristianismo es como la victoria del conocimiento y de la verdad sobre los mitos, las apariencias del saber, y las oscuridades del agnosticismo.

*Para el Cristianismo, verdad y religión, conocimiento racional y orden del culto legítimo a Dios, no están situados en planos diferentes. La religión no se encuentra en el nivel de la poesía, de la simple imaginación, o de las historias fabulosas de dioses y diosas, sino en el plano de las realidades y cosas que la razón humana puede críticamente percibir y tratar de comprender en una cierta medida” (José MORALES, *El valor distinto de las religiones*, Madrid, Rialp, 2003, 129).*

La buena noticia de que la vida consagrada, en su empeño de aceptar el reto de la nueva evangelización, se lanza por el compromiso particular y singular del estudio y del diálogo del tema y problemas suscitados en la relación entre ciencia, tecnología, y fe, abre horizontes que permitirán sobrepasar los límites de un apostolado, demasiado humano, en el sentido de empeño de hacer limosnacidad, y el del resurgir del poder hablar de Dios con personas que se han acostumbrado a vivir sin su recuerdo, es decir, que han abandonado la religión y se han declarado ateos prácticos o simplemente agnósticos. Generalmente hombres y mujeres que han pasado por la universidad y con quienes pueden y deben mantener un diálogo los miembros de la vida consagrada, dedicados a la ciencia y estudio, lo que viven en clima de oración y contemplación.

LAS OBRAS DE CARIDAD

Sobre la caridad, obra humanitaria de la Iglesia, o sobre la caridad como el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios, en este momento y lugar, me limito a recordar la existencia de la carta encíclica de Benedicto XVI, "*Caritas in Veritate*", y a presentar una síntesis de las observaciones hechas, aquí, en este documento, por nuestro actual Pontífice en ese su propósito de alentar *el servicio de la caridad*. En reflexión aparte he presentado la carta encíclica "*Caritas in Veritate*" y su repercusión en el campo político-social, tarea y misión de nuestros cristianos laicos, comprometidos con la labor social-política.

El primer paso o decisión de la recién fundada Iglesia de Cristo, señala el Pontífice en su carta encíclica "*Caritas in Veritate*", es el de la institución de los siete varones. Más tarde, hacia la mitad del siglo IV, se monta la estructuración de los monasterios como el conjunto de actividades asistenciales. Hasta tal punto se ejercita la caridad entre y por parte de los cristianos que, para Juliano el Apóstata, decidido a restaurar el paganismo, es el dato de la actividad caritativa de la Iglesia, de sus miembros todos, lo que más le impresiona.

Nos habla Benedicto XVI de la justicia, “caridad” o gratuidad, vista y planteada como objeción contra la limosna, caridad cristiana que, en el pensamiento marxista, es presentada como ejecución y actuación que sirve de excusa a los ricos para no implantar la justicia, acallando de este modo sus tantas actuaciones injustas. Enseña el papa que la justicia es el objeto y medida intrínseca de toda política, punto en el que coinciden y se encuentran la política y la fe. Para ésta siempre el amor, *caritas* o gratuidad, será necesaria, incluso en la sociedad más justa.

Nos encontramos, además, con una serie de observaciones en referencia a las múltiples estructuras de servicio caritativo, en el contexto social actual, al perfil específico de la actividad caritativa en la Iglesia y ante los responsables de la misma.

Señala y destaca, ante el activismo y secularismo de muchos cristianos comprometidos con el servicio caritativo, la importancia de la oración. Algo igual advierte y hace notar el Plan Pastoral de la CEE, 2011-2015.

Los consagrados del presente y del futuro, “discretamente” aludidos en “*Caritas in Veritate*” y, quizás, olvidados en el citado Plan Pastoral de la CEE, pueden estar siendo llamados a ser los primeros comprometidos en la acción por la justicia y la “caridad” o gratuidad, afianzados en la importancia de la oración y pacientemente superados y liberados del activismo y secularismo que desfigura, incluso destruye, la verdad del programa predicado por Cristo, amor a Dios mediante el servicio a los semejantes.

EL AMOR A LA IGLESIA

Título éste que cabría cambiar por el de *invitación a creer en la Iglesia*. Institución humano-divina, donde, por y según el querer de Cristo, se concretiza y realiza el sentimiento religioso o ansia de lo trascendente, vivido por la entera Humanidad, a través de su historia, particularmente, en la existencia y realidad de la Iglesia Católica junto a otras muchas religiones o creencias en Dios.

La nueva evangelización busca realizar la transmisión de la fe cristiana en Dios, configurando, presentando y ofreciendo, de forma actualizada, las acciones o ritos sagrados, en concreto, los sacramentos, que constituyen el ser y la realidad misteriosa de la Iglesia, hoy, no valorada o simplemente marginada, no sólo por nuestra sociedad indiferente y antirreligiosa y anticristiana, sino también por tantos de los sectores que constituyen la agrupación de los convertidos y comprometidos, al menos, con la persona de Cristo, desde el momento de la recepción del agua del bautismo, pero no tanto comprometidos con el seguimiento del mismo Cristo y cumplimiento del mensaje contenido en las bienaventuranzas.

El sector eclesial de los consagrados, si se decide de verdad por la nueva evangelización, debe partir, en este esfuerzo de superación, del hecho de sentir y dar una valoración auténtica a la realidad del primer sacramento de Cristo, la Iglesia, soporte de los demás sacramentos.

Los consagrados, al igual que los demás discípulos de Cristo, deberían aparecer, en su modo de vida y predicación evangelizadora, decididamente convencidos de la “misteriosidad” de la recepción del bautismo del agua y del Espíritu, fundamento de la identidad cristiana en el niño y en el hombre adulto.

El resto de sacramentos, a comenzar por la confirmación, deberán ser presentados y agradecidos como lo que son, dones del Espíritu. La Eucaristía, vivida como cumbre de los sacramentos, deberá ser presentada como memorial sacramental y sacrificial y presencia real, explicada distintamente y de acuerdo con los signos de los tiempos. El hecho humano de la reconciliación, buscado en la actualidad de nuestra sociedad violenta y enfrentada, deberá vivirse, de nuevo, por los consagrados, como es en sí, institución sacramental de reconciliación y así ser presentada, al ser practicada en la interioridad de la vida de comunión, por añadidura fraterna o de grupo. Vida que no se realiza como proceso que tiene por fin el de limar diferencias, sino el de buscar el conocimiento de estas diferencias con el fin de conocerlas, estimarlas y amarlas.

Se espera de la vida consagrada que apuesta por la nueva evangelización, el testimonio, ante las gentes y los pueblos, de la manera distinta de ser y de vivir el sentido del sacramento de la unción de los enfermos, del sacramento del orden y demás ministerios de la Iglesia, y también del matrimonio estable y fiel, institución humana y básica para la permanencia de la Sociedad y de la Iglesia.

No olvidemos que la vida consagrada es iglesia local, aunque tantas veces no es considerada "iglesia parroquial", y que allí donde se vive la vida consagrada o religiosa, ésta debe hacerse presente y ser testimonio de cómo, en fuerza de la asistencia del Espíritu Santo, se vive la no distinta, pero sí nueva y renovada Iglesia, primer sacramento de Cristo, y sus otros siete reales, misteriosos y sublimes sacramentos.

CONCLUSIÓN

Hagamos que la vida consagrada, sector de la Iglesia que, en los últimos decenios y particularmente, en el inicio del siglo XXI, viene cuestionada como vida de grupo, no fiel a su pasado e indeciso ante el futuro, encuentre en la aceptación del reto de la nueva evangelización el empeño de *misión* que, integrado en el plan global eclesial y particular diocesano y local, reafirme la singularidad de sus diversos carismas, diversidad en la unidad, necesarios a la Iglesia y la Sociedad de hoy.